

SALMO XVIII.

Oracion de una Alma Christiana, que para confirmarse mas y mas en el desprecio del mundo, y en la fidelidad que debe á Dios, adora su grandeza y magnificencia, que resplandecen en la inmensidad de los cielos, y la santidad que no puede menos de conocer en la hermosura, justicia y magnificencia de su ley.

ψ. 1. *Cæli enarrant gloriam Dei, & opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*

Qué despreciables son, ¡oh Dios mio! los impíos que se precian de un talento superior, pues no reconocen vuestra gloria, vuestra grandeza y vuestra sabiduría en la magnífica estructura de los cielos y astros que están sobre nuestras cabezas: se admiran de la gloria de los Príncipes y Conquistadores que subyugan los pueblos, y arruinan los Imperios, y no conocen la omnipotencia de vuestra mano, que es la que solamente ha podido poner los fundamentos del Universo: admiran la industria y excelencia de un artífice, que fabrica soberbios palacios, que ha de destruir y arruinar el tiempo; y atribuyen á la casualidad la magnificencia de los cielos, y no quieren reconocer en la constante y regular armonía de esta obra tan extraordinaria é inmensa, á la que siempre ha respetado, y respetará hasta el fin la revolucion de los siglos y de los años. ¿No basta el que os manifesteis á ellos, y que todos los dias los hagáis ver estas admirables obras de vuestras manos? Los hombres de todos los siglos, y de todas las naciones, sin mas instruccion que la naturaleza, siempre han reconocido en ellas vuestra divinidad

dad y vuestro poder; y el impío mas quiere desmentir á todo el género humano, tachar de credulidad el comun dictamen, y de preocupaciones de la niñez las primeras luces que nacieron con él, que apartarse de una opinion monstruosa é incomprehensible, á la que solamente sus delitos, que son hijos de las tinieblas, han obligado á que se conforme su razon, y á la que solamente sus culpas han podido dar alguna verosimilitud.

ψ. 2. *Dies diei eructat verbum, & nox nocti indicat scientiam.*

Si el Señor no hubiera manifestado á los hombres mas que una sola vez el magnífico espectáculo de los astros y de los cielos, podria el impío sospechar en esto algun prestigio; acaso podria persuadirse á que eran juegos de la naturaleza, ó de la casualidad, ó alguno de aquellos fenomenos pasajeros que deben su origen á un concurso fortuito de la materia, y que formandose por sí mismos, y sin el socorro de alguna inteligencia, nos escusan el trabajo de averiguar las razones y motivos de su formacion y de su uso; pero, ¡oh Dios mio! este grande espectáculo se está presentando á nuestra vista desde el principio de los siglos: jamás se ha interrumpido la sucesion de los dias y las noches, y siempre han mantenido un curso igual y magestuoso desde que vos los criasteis para adorno del Universo, y utilidad de los hombres: el primer dia que alumbró al mundo publicó vuestra grandeza con la magnificencia de aquel inmenso cuerpo de luz que empezó á presidir en él, derivó con su resplandor á todos los dias que le habian de seguir aquel lenguaje mudo, pero energico, que anuncia á los hombres el poder de vuestro nombre y de vuestra gloria: los astros que presidieron á la primera noche se han dexado ver, y han presidido en todas las demás, y con la perpetua

regularidad de sus movimientos han derivado hasta nosotros el conocimiento de la sabiduría y magestad del Soberano Artífice que los sacó de la nada.

ŷ. 3. *Non sunt loquela neque sermones, quorum non au-
aiantur voces eorum.*

Hasta los pueblos mas rústicos y bárbaros oyen, Señor, el lenguaje de los cielos, cuya magnificencia pública vuestra gloria: vos los habeis puesto sobre nuestras cabezas como pregoneros celestiales, que no cesan de anunciar á todo el Universo la grandeza de un Rey inmortal de los siglos: su magestuoso silencio habla el idioma de todos los hombres, y de todas las naciones; su voz se oye en todos los lugares en que la tierra mantiene habitantes: solamente el impío cierra sus oídos, y mas quiere oír el confuso graznido de sus pasiones, que blasfeman en su corazón contra la soberanía de vuestro sér, que la sonora voz de estas prodigiosas obras de vuestras manos, que la están publicando desde el principio del mundo.

ŷ. 4. *In omnem terram exiit sonus eorum, & in fines
orbis terra verba eorum.*

Aunque se recorran las mas remotas y desiertas extremidades de la tierra, la magnificencia de los cielos anuncia en ellas vuestra gloria, del mismo modo que en las regiones mas conocidas y pobladas. No hay lugar en todo el Universo, por oculto que sea á los demás hombres, que pueda ocultarse al resplandor de vuestro poder, que brilla sobre nuestras cabezas en estos luminosos globos que sirven de adorno al firmamento. Este, gran Dios, es el primer libro que habeis manifestado á los hombres para que aprendan en él quién sois vos; en él estudiaron al principio los hijos de Adán aquellas infinitas perfecciones de vuestro sér que queriais manifestarlos: á vista de estos grandes ob-
je-

jetos, poseídos de admiración y de un respetuoso temor, se postraban para adorar á su Autor omnipotente: no tenían necesidad de Profetas que los instruyesen acerca del respeto que debian á vuestra suprema Magestad, porque la admirable estructura de los cielos, y del Universo se lo enseñaba suficientemente: dexaron á sus hijos esta religion sencilla y pura, pero este precioso depósito se corrompió entre sus manos; tanto admiraron la hermosura y resplandor de vuestras obras, que las tuvieron por vuestra misma Magestad; los astros que solamente se manifestaban para anunciar vuestra gloria á los hombres, llegaron á ser su divinidad: ¡oh insensatos ofrecieron votos y respetos al sol, á la luna, y á toda la milicia del cielo, que no podia oírlos ni recibirlos: dexaron de conocerlos, ¡oh gran Dios! siendo así que vos solamente pusisteis sobre nosotros estas prodigiosas masas, para que sirviesen de señales y perpetuos testigos de vuestro poder, y para guiar á los hombres por medio de estos objetos visibles al conocimiento y culto de vuestras invisibles y supremas perfecciones: éste fue el principio del culto impío y supersticioso, que inficionó á todo el Universo: la hermosura de vuestras obras dió ocasion á los hombres para que se olvidasen de lo que debian á su Autor: los mismos dones, ¡oh gran Dios! que derramais en la naturaleza, suelen ser los que nos apartan de vos: fijamos en ellos nuestros corazones, y los negamos á aquel Señor cuya mano benéfica derrama sobre nosotros estas liberalidades. Vuestras obras, vuestros beneficios, las riquezas, los dotes del cuerpo y del espíritu, son nuestros Dioses, y á ellos solos tributamos todos nuestros respetos: estos bienes solamente estaban destinados á levantar nuestros corazones á vos con unas continuas expresiones de amor y de agradecimiento, y el único uso que de ellos hacemos es ponerlos en el lugar que vos debéis ocupar,
¡oh

¡oh Dios mio! y emplearlos contra vos mismo.

ψ. 5. *In sole posuit tabernaculum suum, & ipse tanquam sponsus procedens de thalamo suo.*

ψ. 6. y 7. *Exultavit ut gigas ad currendam roiam, à summo caelo egressio ejus; & occursus ejus usque ad summum ejus, nec est qui se abscondat à calore ejus.*

La gran leccion, ¡oh Dios mio! que los cielos, y con especialidad el sol, debian dar á los hombres, es la regularidad que le habeis señalado en su curso: fiel siempre en seguir el camino que le señalasteis en el principio, jamás se ha apartado de él este hermoso astro; su resplandor, en el que parece que nos manifiesta mas principalmente vuestra gloria y vuestro poder, le grangeó en otro tiempo unos respetos impíos é insensatos: adoraron los hombres á aquel soberbio tabernaculo, en el que parece que vos habeis establecido vuestra mansion, y ocultado vuestra Magestad, sin atender á que él, obedeciendo vuestras órdenes en la constante uniformidad de su carrera, los declaraba que toda su grandeza consiste en cumplir con el ministerio á que están destinados, y en no apartarse jamás del camino que los señalasteis, quando los sacasteis de la nada. ¡Es posible que las criaturas insensibles os obedecen, y que solamente en el corazon del hombre han de hallar vuestros eternos decretos oposicion y repugnancia? el sol, como un esposo resplandeciente que sale de su cámara nupcial, se levanta y recorre con orden todo este vasto Universo; en todas partes derrama su calor y su luz, y cada día vuelve á empezar de nuevo su magestuosa carrera; ¿y el hombre inconstante, mudandose á cada momento, no ha de tener camino fijo ni seguro? Siempre está variando en sus caminos: todos sus días están señalados con inconstancias y desigualdades, que le hacen perder de vista: su carrera se parece á la de un loco que vá y vuelve sin saber á dónde le guian

sus pasos: se fatiga, se cansa, y nunca llega al término: su misma inconstancia le molesta, y no puede fijarse: ésta es para él un peso que le oprime, y del que no puede librarse: ella es la causa de todos sus delitos, y al mismo tiempo su mayor desgracia, y su mas cruel suplicio.

ψ. 8. *Lex Domini immaculata convertens animas: testimonium Domini fidele, sapientiam præstans parvulis.*

¡Oh Dios mio! el lenguaje mudo, aunque inteligible de los cielos y de los astros, que manifestaba vuestra grandeza al Universo, y le enseñaba á tributaros el culto y los respetos que os son debidos, no ha sido oido de la mayor parte de los hombres: fue preciso que tambien los hablaseis por vuestros Profetas, y últimamente por boca de vuestro mismo Hijo.

¿Qué no habeis hecho, Señor? ¿qué maravillas no habeis obrado para atraerlos al camino de la verdad y de la salvacion de que se habian apartado? vos mismo los habeis hablado; vos los habeis manifestado las obligaciones y observancias que los habiais impuesto; habeis encerrado en la práctica de vuestra santa ley todo quanto podia hacerlos felices en la tierra, y dignos de poseer algun dia la herencia que los preparabais en el cielo. ¿Qué puros son, ó gran Dios, los preceptos de vuestra santa ley? ¿qué santos y qué dignos son del hombre? En nada se parecen al fausto de las lecciones y dogmas de los Filósofos, que no predicaban mas que vanidad, y solo arreglaban las exterioridades propias para grangear alabanzas á sus soberbios sectarios: vuestra santa ley arregla el corazon, corrige los afectos viciosos, muda verdaderamente al hombre, y le hace tal en el interior como se dexa ver exteriormente. Un culto puramente superficial no seria digno de vos, ¡oh Dios mio! vos que sois el Dios de nuestros corazones, y á quien no podemos honrar sino con el amor, no mirais como verdaderos respetos,

sino los que os tributa el corazon. Los Doctores de la ciencia vana prometian á sus discípulos la sabiduría; pero qué sabiduría, ó gran Dios! Una sabiduría que dexaba al hombre con todas sus miserias, y no se proponia mas fin que hacerle digno de estimacion para con los demás hombres: una sabiduría que era penoso fruto de la vanidad, y de los curiosos é inútiles estudios del entendimiento. La verdadera sabiduría, ¡oh Dios mio! no se halla sino en la observancia de vuestra santa ley: á ésta pueden aspirar, no solamente los sábios y los ingenios sublimes, sino tambien los simples é ignorantes, porque se comunica tanto á los pequeños como á los grandes, á los Príncipes como á los Vasallos, al Griego como al Scitha, á los Bárbaros como á los Romanos y pueblos mas cultos: vos la ofreceis á todos los hombres, porque á todos los quereis salvar: esta ciencia dá testimonio de la fidelidad de vuestras promesas, y del amor que los teneis: y en vez de dar las ciencias y dignidades mas derecho para adquirirla, es necesario ser humilde y hacerse pequeñuelo para llegar á esta sublime sabiduría, y ser perfecto discípulo de ella.

¶ 9. *Justitie Domini recte latificantes corda: preceptum Domini lucidum illuminans oculos.*

Las Doctrinas humanas siempre dexaban dudas y tinieblas en el entendimiento, y dexaban al corazon con sus inquietudes y tristezas, porque no le libraban de la tiranía de sus pasiones; pero vuestra santa Ley, ¡oh Dios mio! al mismo tiempo que destierra del corazon todos los pecaminosos afectos, destierra tambien la inquietud, y restablece la tranquilidad. El hombre entregado á sus pasiones está hecho presa de mil enemigos secretos, que le turban y despedazan: su alma es funesta mansion de la molestia, de los crueles remordimientos, y de las mas tristes inquietudes: la paz solamente es fruto de la inocencia, y la inocencia es un beneficio que no pue-

puede conseguir el hombre sino con el amor y observancia de vuestra santa ley: en ella consiste toda nuestra felicidad en la tierra, porque ella es la que restablece el buen orden en nuestros corazones, y con el orden, la paz y la alegría, que son inseparables de él. Las ciencias humanas empeñaban á los hombres en unos estudios continuos y penosos, que siempre venian á parar en aumentar sus inquietudes y sus dudas. Cada inventor de una nueva secta se preciaba de haber hallado la verdad; se la disputaban unos á otros, y sus mismas disputas manifestaban suficientemente que ninguno de ellos la habia hallado: pero vos, Señor, no la habeis prometido á los vanos esfuerzos del entendimiento; quanto mas trabajan los hombres para hallarla por este camino, mas se apartan de ella: solamente vuestra santa ley puede iluminar todos los entendimientos: la verdad, que ha tanto tiempo que buscan inutilmente, se manifiesta en ella á la primera vista: basta amarla para conocerla: basta oiros, ¡oh gran Dios! quando nos hablais por boca de vuestra Iglesia, que es el infalible intérprete de vuestra santa ley: no hay necesidad de mas estudios: el sujetarse á sus decisiones es lo mismo que haber hallado la verdad: la fé es la ciencia mas segura del hombre.

¶ 10. *Timor Domini Sanctus, permanens in seculum seculi; judicia Domini vera, justificata in semetipsa.*

Las doctrinas humanas continuamente están variando: los discípulos añaden nuevos inventos á los de sus Maestros: solamente vuestra ley, ¡oh gran Dios! es siempre la misma. El cielo y la tierra pasarán, los siglos y las costumbres se mudarán, se arruinarán los monumentos de la soberbia, y se levantarán otros sobre sus ruinas, la revolucion de los tiempos borrará los títulos y las mas soberbias inscripciones, pero de vuestra santa ley jamás se borrará ni un ápice ni una tilde: solamente es propio de la verdad el permanecer

siempre, y ser siempre la misma: esta inmutabilidad siempre la ha justificado y defendido contra todas las empresas de la novedad y del error: ella hace inescusables á los hijos rebeldes é indomitos, que han abandonado la estabilidad de su doctrina, y que se han dexado llevar á velas desplegadas de las doctrinas extrañas é inconstantes.

ψ. 11. *Desiderabilia super aurum & lapidem pretiosum multum, & dulciora super mel & favum.*

El que ama la verdad no tiene trabajo en sujetarse á ella, porque el amor de la verdad es un amor humilde y docil. La soberbia nos hace muchas veces colocar nuestras falsas luces en el lugar de la verdad: nos parece que la amamos, y no amamos mas que nuestras preocupaciones y nuestros propios pensamientos: creemos que todo lo sacrificamos por ella, y somos víctimas de nuestro vano capricho. En la tierra no hay cosa apetecible mas que aquella humilde y constante docilidad á los oráculos de vuestra ley, ¡oh Dios mio! la falsa gloria á que se puede llegar por el medio de despreciarlos, tarde ó temprano se muda en opróbio: aun quando todos los tesoros de la tierra fueran premio de nuestra rebeldía, y de nuestras prevaricaciones, serian como pedazos de lodo, que pondriamos sobre nuestras cabezas, y que afearian todo el resplandor de nuestros talentos. La fé, santificada con la caridad, es aquella piedra preciosa de vuestro Evangelio, ¡oh Dios mio! con la que todo se posee, y sin la qual, aun quando poseyeramos todo lo que los hombres mas estiman, nada tendríamos.

Dadme, ¡oh gran Dios! aquella docilidad de espíritu y de corazon que sujeta la razon á las verdades de vuestra ley, y el corazon al amor y á la observancia de sus preceptos: este es el único tesoro, y las únicas riquezas por que debemos suspirar. El oro y las piedras preciosas pueden servir de adorno al cuerpo,

po, pero no enriquecen al alma; los deleytes de los sentidos pueden engañarnos, pero no pueden satisfacernos, y siempre dexan tristeza y dolor en nuestro corazon. Solamente el consuelo que acompaña á la inocencia y á la fidelidad á vuestros preceptos es la que introduce en nuestra alma, ¡ó Dios mio! una paz y una alegría superior á todos los placres y á todas las vanas felicidades de la tierra.

ψ. 12. *Etenim servus tuus custodit ea, in custodiendis illis retributio multa.*

Yo mismo, ¡oh Dios mio! puedo dar este testimonio á vuestra gracia; despues que ella me sacó de los desórdenes del mundo, y que puso en mi alma la resolucion de observar vuestra ley, gozè de una paz y unos consuelos que nunca habia experimentado en la embriaguéz de las pasiones: continuamente me estoy dando el parabien de haber hallado en la obediencia á vuestros preceptos la felicidad que buscaba en vano en el mundo: ¡qué rico sois en misericordias, ó gran Dios, pues recompensais con tanta liberalidad, aun acá en la tierra, á los que os sirven! con la verdadera sabiduría les vienen tambien todas las riquezas y felicidades, la paz de la conciencia, la conformidad en los trabajos, vuestra proteccion en los peligros, la moderacion en la abundancia, la prudencia en todas sus acciones, el uso christiano de todos los sucesos, y vuestra bendicion en todas sus empresas; esto es, ¡oh gran Dios! lo que se gana en observar vuestra santa ley.

ψ. 13. *Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me, & ab alienis parce servo tuo.*

¡Pero, ó Dios mio! ¿quál es el justo en la tierra que pueda preciarse de que observa como debe vuestra santa ley? Esta plenitud de justicia, esta exencion de toda mancha no se nos concede mientras estamos en

el mundo. A la verdad, ¡oh Dios mio! aunque mi conducta parezca irreprehensible á los ojos de los hombres, ¿podré yo estar seguro de que lo es tambien á vuestra vista? ¿puedo yo conocer todos los desordenados movimientos de mi corazon, que suelen suceder casi sin que yo los advierta? ¿qué sé yo, ó gran Dios, si en las obras santas, en que parece que yo no me propongo mas que el agradaros, entra alguna secreta vanidad, y algun amor propio imperceptible? ¿qué sé yo si las alabanzas de los hombres manchan aquellas acciones virtuosas que yo no puedo ocultar á su vista, ó si algunas veces me sirve de secreto motivo para executarlas el que las vean? ¿qué sé yo si al ver las faltas de mis próximos, de las que yo me juzgo libre, entra en mi dolor alguna secreta complacencia de mí mismo? ¿qué sé yo si el hacer una vida regular, y el huir de los placeres y tumultos del mundo, mas es en mí pereza y amor al descanso, que verdadero amor al buen orden y á la justicia? ¿qué sé yo, finalmente, si mi zelo en corregir á aquellos que están á mi cuidado, mas es á vuestra vista una impaciencia, y una aspereza de genio, que efecto de una caridad amorosa y christiana? ¡Gran Dios! ¿cómo podré yo examinar este cahos? ¿quién es el hombre que puede conocer clara y distintamente lo que le ocultan las tinieblas de su corazon y de su amor propio? Nuestro único consuelo, gran Dios, consiste en ponernos en vuestras manos, y pedirnos continuamente que nos purifiqueis de estas manchas interiores y secretas, que apenas podemos conocer ni evitar en la tierra. Pero aun hay para los que os sirven otro nuevo motivo de temer, ¡oh Dios mio! y es aquellos pecados agenos, á que pudieron dar ocasion quando seguian los caminos del mundo y de las pasiones; éste, gran Dios, es el justo motivo de mis lágrimas, y de los temores que padezco en vuestra presencia. ¿Quántas almas han perecido por
mis

mis engaños, ó por mi mal exemplo? Mi clase y mi elevacion no han servido mas que de hacer mas públicos mis desórdenes; los que dependian de mí no solamente fueron testigos de ellos, sino tambien ministros desgraciados: yo era un público modelo de dissolution, yo que habia sido criado para ser modelo de virtud y de inocencia; la fidelidad de las almas flacas se turbó con el crédito que daba mi autoridad á mis delitos, y los pecadores hallaron en ellos nuevo motivo con que autorizar sus desórdenes. ¿Cómo he de reparar, ¡oh Dios mio! esta innumerable multitud de pecados agenos, que yo mismo no puedo conocer? ¿podrán acaso borrarse jamás con mis lágrimas, si vuestra clemencia no me concede el perdon? Es verdad, Dios mio, que un corazon profundamente arrepentido siempre halla entrada al trono de vuestra misericordia; pues aumentad, Señor, en el mio lo vivo de mi dolor; vos nos concedeis el perdon de nuestras culpas luego que nos inspiráis un sincero arrepentimiento de ellas.

*Ps. 14. Si mei non fuerint dominati tunc immaculatus ero;
& emundabor à delicto maximo.*

Vos, Señor, solamente me pedís, al ver la multitud de interiores miserias de que está lleno mi corazon, que no las dexé apoderar de él, que no permita que en él venza la concupiscencia á vuestra gracia: que esta vanidad que tiene su raiz en la naturaleza, y este secreto amor propio no me dominen de modo que les sacrifique mis obligaciones esenciales, y los inmutables preceptos de vuestra ley; que estas infidelidades leves no me lleven á una caída grave, y no dexen en mi alma alguna de aquellas funestas manchas que os separan de ella, ni la hagan indigna de ser vuestro templo y morada. Entonces, gran Dios, gimiendo continuamente por estas faltas inevitables que cada dia veo renacer en mí de nuevo, las purificaré con mi
llan-

hanto, y conservaré á vuestra vista la pureza é inocencia que dá derecho para conseguir vuestras promesas,

y. 15. y 16. Et erunt ut complacent eloquia oris mei, & meditatio cordis mei in conspectu tuo semper: Domine adjutor meus, & redemptor meus.

Entonces, gran Dios, oíreis benignamente los votos y oraciones que os dirigré para que me libreis de esta profunda corrupcion, que me hace ser tan tibio é infiel en vuestros caminos. Vos abrasareis mi corazon con un nuevo fuego, quando medite en vuestra presencia vuestras eternas misericordias, y mis infinitas miserias: vos me ayudareis á conocerlas, y á librarme de ellas, porque vos solo, ¡oh Dios mio! sois todo mi amparo y fortaleza: no permitireis que tomen entera posesion de mi alma: esta, ¡oh Dios mio! os pertenece por muchos títulos: vos la habeis sacado de la nada, la rescatasteis con la sangre de vuestro hijo; la habeis purificado de todas las iniquidades que habian hecho inútil el precio de esta sangre: ¡oh Divino Salvador mio! es mucho lo que habeis hecho por mí para dexarme en adelante entregado á mi propia flaqueza.

SAL-

SALMO XXI.

Oracion de Jesu-Christo en la cruz, aplicada á un pecador recién convertido, y violentamente tentado de volverse al mundo, por los disgustos y contradicciones que padece en su nueva vida.

y. 1. Deus Deus meus respice in me & quare me dereliquisti? longè à salute mea verba delictorum meorum.

OH Dios mio y mi Salvador! vos que acabais de romper las funestas cadenas de mis pasiones con que habia estado atado tanto tiempo, ¿acaso os arrepentis hoy de haber usado de misericordia con mi alma, y me abandonais despues de haberme librado de la muerte de la culpa? ¿el prodigio que mudó mi corazon ha de ser inútil para vuestra gloria, y para mi salvacion? ¿han de volver á manifestarse en vuestra presencia los delitos que parecia habiais olvidado, habiendome los hecho expiar con mis lágrimas? ¿los habeis de volver á sacar de lo profundo de las aguas en donde los habiais sepultado, para manifestar contra mí vuestra indignacion, y para determinar de nuevo el perderme, quando vuestra clemencia parece que habia resuelto perdonarme? ¿pueden vuestros dones, ¡oh gran Dios! estar sujetos á la inconstancia y al arrepentimiento como los del hombre?

y. 2. Deus meus, clamabo per diem, & non exaudies, & nocte, & non ad insipientiam mihi.

¿Qué puedo yo hacer, ó gran Dios, entregado á la flaqueza de mi desgraciada constitucion, y tentado á cada instante para volverme á entregar á las pasiones que aun no han borrado mis lágrimas? ¿qué puedo

yo